

exactas; reduccion severa de todas las cuestiones que puede agitar el espíritu á las simples cuestiones de hecho, las solas accesibles al saber humano; intolerancia completa respecto de la religion que impone una fe ciega, como respecto de la metafísica que une á la misma ceguedad una hipocresía más, la hipocresía de la demostracion; encarnizada negacion de todo lo que traspasa la medida de lo contingente y de lo relativo; escepticismo sistemático respecto de lo absoluto, de lo infinito, de las sustancias y de las causas. Tal es el último término en que viene á rematar esta doctrina, ligada fuertemente en sus detalles, inspirada por una pasion mezquina y violentamente sistemática, la pasion de la unidad en la ciencia, de la unidad obtenida á todo precio, y reduciendo á condiciones uniformes de certidumbre, los órdenes de las realidades más heterogéneas.

No se declara impunemente insolubles y ociosas las grandes cuestiones de donde depende tan íntimamente la vida moral y la humanidad. Declarar tan alto que no se quiere tomar en consideración más que los fenómenos humanos, y rehusar á la inteligencia todo derecho de indagacion sobre la sustancia de estos fenómenos ó sobre la razon primera del mundo, es dejar comprender de una manera suficientemente clara, que se tienen por quiméricas esa sustancia y esa razon primera. Condenar al hombre á dudar eternamente del alma y de Dios, es virtualmente no creer en ellos. Así es que seria un trabajo fácil el hacer ver cómo está el materialismo en el mismo corazon de la filosofía positiva, á pesar de las intenciones y declaraciones contrarias. ¿Queréis saber á fondo qué es la humanidad? M. Comte os dirá que es el grado superior de la animalidad. ¿Queréis saber lo que es la libertad? Os responderá en un singular lenguaje, que es *un espejo fiel del orden exterior*: que no es otra cosa que la correspondencia perfecta de nuestras funciones, con el orden de los fenómenos exteriores, que constituye el orden real; y para no dejar ninguna incertidumbre sobre la naturaleza de este libre albedrío, que se parece mucho más á la fatalidad de los fenómenos físicos que á la facultad de un sér independiente, M. Comte añade que pasa con nuestro acto libre exactamente como con la caída de una piedra, cuya libertad se manifiesta caminando, *segun su naturaleza, hácia el centro de la tierra, con una velocidad proporcional al tiempo*. En cuanto á las luchas quiméricas de nuestra libertad que creía sostener contra las sollicitaciones de los deseos culpables, hace mucho tiempo que el Dr. Gall, aprobado plenamente por M. Comte, ha hecho justicia á esos combates ficticios, que no son otra cosa que la oposicion real entre la masa posterior del cerebro, donde residen los instintos personales, y su region anterior, donde reinan los impulsos simpáticos y las facultades intelectuales. La moral ha concluido; la palabra *derecho*, dice textualmente M. Comte, debe ser cuidadosamente apartada del lenguaje de la moral y de la política, como la palabra *causa* del verdadero lenguaje de la filosofía. Se tiene que M. Comte mantiene la idea y la palabra del deber, y que, al revés de ciertos revolucionarios que no quieren reconocer en el hombre más que derechos, insiste varias veces para marcar con fuerza las obligaciones sociales á las que somete al individuo. Sé tambien que su pensamiento acaba por extraviarse en una especie de misticismo político que impone al hombre las exigencias más imperiosas, sin conferirle ningun título al respeto de otro, sin ofrecerle ninguna garantía seria contra la usurpacion abusiva de las personalidades extrañas; pero toda esta parte de la doctrina

está llena de oscuridad y vaguedad. ¿Qué pensamiento tan extraño es imponer obligaciones imperiosas al hombre, que tienen exactamente la libertad de la piedra que cae! ¿Y trazaís reglas á esta voluntad que no se pertenece! Otra contradiccion: imponeis al hombre deberes hácia la sociedad, hácia el Estado, y no queréis que la sociedad y el Estado tengan hácia él deberes, cuyo cumplimiento pueda exigir. El derecho no es otra cosa que la reciprocidad del deber, y si me retiráis todos mis derechos para imponerme todos los deberes, cometeis un acto de tiranía.

Vos, el Estado, podreis todo sobre mí, y yo no tendria ninguna reivindicacion que ejercer contra vos, ni aun en el interior de mi conciencia, que pierde su dignidad al perder sus garantías. Me entregais á las más espantosas arbitrariedades de una dictadura sin regla, sin censura, sin freno. Es la ordinaria conclusion de esas doctrinas llenas de grandiosas promesas, y que se dan orgullosamente por la emancipacion definitiva de la humanidad. No lo creais; el advenimiento de esas políticas aventureras, seria al dia siguiente una esclavitud irremediable. El derecho no es toda la moral, sin duda, pero es una parte esencial de ella; y seria una imbécil generosidad la que lo sacrificara, aun entre las manos de M. Comte. El derecho es nuestra salvaguardia, procuremos no perderlo.

Ni libertad, ni derecho; la naturaleza humana reducida á no ser mas que el grado superior de la animalidad; hé aquí algunas conclusiones que naturalmente despertarian la desconfianza sobre el verdadero alcance de esta doctrina. Vamos á ver, de una manera más clara todavía, que la filosofía positiva no es, como lo pretende, un escepticismo provisional, que se contenta con emplazar por un término indefinido, todas las cuestiones de sustancia y de causa, sino el materialismo científica y religiosamente constituido, dando el más extraño de los cultos como complemento de la más seca de las ciencias, y trasformando el ateísmo en religion por uno de esos golpes de audacia que no siempre son golpes de génio.

A primera vista, podría uno ser juguete de las palabras: á cada instante se trata de la supervivencia de los nobles difuntos; tratase tambien del Gran Sér y del culto que se le debe. Pero es preciso entenderse con M. Comte. ¿Cuál es la supervivencia que promete al hombre? Tan poca cosa, en verdad, que vacilo en decirlo. Desde luego, la inmortalidad será un privilegio, un monopolio: el privilegio y el monopolio de las virtudes positivistas. Todos aquellos que, como nosotros, incrédulos, infieles, hayan repudiado la doctrina, ó aquellos, más numerosos aún, que sin conocerla, hayan vivido en la indiferencia y el olvido de las virtudes particulares que reclama, y que hacen de un hombre un sér *convergente* y *asociable*, digno de ser incorporado por sus cualidades similares á la humanidad positivista; todos esos, vil peso de la tierra, deshonra de la vida y de la historia, perecerán por entero, y no quedará de ellos, si es que queda algo, mas que un nombre execrado. La nada y tal vez la maldiccion de los hombres, hé aquí todo su porvenir. Los positivistas y sus hermanos, aquellos que por nobles instintos y virtudes especiales son positivistas sin saberlo y practican espontáneamente la doctrina que no conocen; esos séres privilegiados, y, para hablar su lenguaje, séres convergentes y asociables, están reservados á muy distinto porvenir y recibirán los honores de una legítima inmortalidad.

Pero, ¡qué porvenir, gran Dios! y qué extraña inmortalidad la que les es prometida, como prima á la abnegacion, á la obediencia, á una fe ciega en M. Comte y sus oráculos! M. Comte es el inventor de una nueva especie de inmortalidad, la inmortalidad *subjetiva*. Es una especie de vida que no tiene nada de objetivo, es decir, que no tiene realidad exterior, y se concentra exclusivamente en el pensamiento y en el recuerdo de otro; es una vida por reflejo, una existencia enjertada en la imaginacion y en la memoria de los vivos. Los *nobles difuntos* se sobreviven á sí mismos por la gloria, por las alabanzas, por la estima ó afeccion de que son objeto. Hé ahí una manera singular de existir, y que se confesará sin trabajo, tiene muy poca realidad para no parecerse á la nada.

Tal es la inmortalidad prometida por M. Comte á sus adeptos; tal será el precio de las existencias consagradas al servicio y la propagacion de la doctrina y de los gloriosos sufrimientos, prenda de la fé nueva. Todo perece con nosotros á la muerte, todo, salvo nuestro recuerdo que es suficiente para immortalizarnos.

M. Comte es materialista, lo que no le impide tener su teoría sobre la inmortalidad; no cree en Dios, lo que tampoco le impide tener su teodicea.

«La humanidad se sustituye definitivamente á Dios, sin olvidar jamas sus servicios provisionales.» Hé aquí la formal declaracion del *catecismo positivista*.

En presencia de un texto tan decisivo, todos nuestros escrúpulos pueden enmudecer, y no vacilamos en decir que M. Comte no cree en Dios.

Y sin embargo, le vemos indignado contra el ateísmo, que no es otra cosa, á sus ojos, que un panteísmo abstracto y vago, una especie de fetiquismo poético, cuando se esparce en efusiones en el seno de la naturaleza, ó bien un *teologismo* irracional é inconsecuente, cuando pretende explicar á su manera la formacion del universo y el origen de la vida, puesto que entónces prosigue las mismas cuestiones que la teología y la metafísica, rechazando el único método que puede adaptárseles. El ateísmo está por debajo de la teología, por debajo de la metafísica. Es, pues, injuriar á nuestro autor el imputarle un error tan fuertemente desaprobado; y como no entra en nuestras intenciones hacer de M. Comte un ateo á su pesar, diremos que, aun cuando no crea en Dios, el fundador del positivismo no es ateo.

¿Cuál es, pues, la teodicea que se puede poner de acuerdo con una negacion tan explícita, tan encarnizada contra Dios? ¿Cuál es ese misterioso Gran Sér, cuya idea se cierne con magestad sobre la obra enciclopédica de M. Comte? Este Gran Sér, que tambien llama á veces la Gran diosa, es la humanidad, y la historia de la idea del Gran Sér, no es la parte ménos curiosa del sistema. Constituye por sí sola toda la filosofía de la historia del positivismo.

La religion positivista es el término supremo de las grandes agitaciones que han llenado los siglos. Es el desenlace necesario del largo drama humano, proseguido al través de las edades y laboriosamente reconstruido por M. Comte, que se ha convertido en el rival de Bossuet en su voluminoso tratado de *Politica positiva*. La grande, la única ley de la historia, es la que determina el progreso lento, pero infalible, del género humano atravesando desde el principio por un largo período de iniciacion, ó *período teológico* llegando al período revolucionario marcado por el advenimiento de la *metafísica*, para

al fin descansar su inquieta conciencia en el seno del *positivismo* constituido definitivamente. El estado teológico, es la era de los dioses. Este largo período llena por sí solo casi todo el pasado. La metafísica reina hace apenas un siglo, y es dueña del presente. El porvenir es del positivismo. Como todos los períodos de transicion, el período metafísico no durará mas que un momento; no será mas que una pausa entre dos grandes épocas: la de la fe ciega en dioses imaginarios, y la de la fe esclarecida en la realidad ideal, en las cuales vienen á resolverse todas las dudas y á conciliarse todas las disidencias.

El período teológico se descompone en tres épocas: la época del fetiquismo, la del politeísmo, y en fin, la del monoteísmo. En el fondo de cada una de estas concepciones religiosas, M. Comte encuentra en germen la noción de la humanidad más ó ménos alterada por la imaginacion y el capricho. El hombre, sin tradicion todavía, sin recuerdo, sin historia, incapaz aún de una noción abstracta, pobló el mundo físico de voluntades y de inteligencias semejantes á la suya. Fué, por decirlo así, una vasta dispercion de la humanidad en el universo de los cuerpos. El hombre adoró, en la madera y en la piedra, lo que ponía espontáneamente y que no habia debido adorar sino en sí mismo. Despues, elevándose poco á poco su espíritu, y volviéndose más capaz de ideal, retiró el hombre á los cuerpos inertes esta divinidad prestada, para colocarla en las celestes esferas, en el Olimpo, por ejemplo. Pero el hombre no se elevó todavía hasta la gran noción de la unidad. Verdad és que imaginó en Grecia dioses que no eran otra cosa que ejemplares depurados de la humana naturaleza; pero se imaginó varios. En Oriente fué en donde una gran elaboracion de ideas produjo el monoteísmo. El Jehová de Moisés marca el advenimiento de un solo Dios á la conciencia del género humano. La unidad futura del Gran Sér se presente ya, y Moisés naturalmente es el precursor de M. Comte. Pero Jehová permanece aún en las más altas esferas. Está muy léjos de la humanidad. Con el cristianismo, la divinidad en fin, reviste la naturaleza humana.

La doctrina del Mediador aproxima el cielo y la tierra. Un paso más y llegarémos al positivismo. Pero este paso es difícil de dar. La humanidad se ha desarrollado, depurando cada día más y más la idea de su propia naturaleza y sustituyéndola insensiblemente á esos seres sobrenaturales, que llamaba y que permanecian sordos á su voz en su impenetrable nada. Pero aun queda con la preocupacion de un Dios exterior, extraño á ella, de un Dios objetivo. Ha quedado en los limbos de la teología: ha conservado sus símbolos.

La metafísica, con su despiadada crítica, es quien va á destruir las últimas ilusiones de la teología agonizante. Ella suscita en las conciencias la duda, la inquietud, la rebelion. Hierde de muerte la fe en las almas. Pero, cosa extraña, omnipotente en destruir, es impotente para fundar. Echa por tierra las religiones; arroja de la conciencia y del cielo los seres sobrenaturales que tanto tiempo los han poblado; sustituye á ellos abstracciones impalpables, fantasmas de idea, entidades escolásticas, bajo el nombre de causa primera, de infinito, de absoluto. Se convierte, por el panteísmo, en un fetiquismo inconsecuente, por el deísmo en un cristianismo enervado, por el ateísmo, en fin, en un teologismo irracional. La metafísica está destinada á eclipsarse, como todos los regímenes de

transición: desaparecerá como todo lo negativo. Ella desaparecerá ante el positivismo, que solo terminará la grande anarquía de las ideas y cerrará este gran interregno de Dios, levantando en la razón universal el altar del Gran Sér. En la fe y en el culto de este Gran Sér va al fin á descansar la razón agitada de las naciones desde tan largo tiempo en busca de un Dios.

La fuerza del positivismo consiste en hacer con pleno conocimiento de causa lo que los siglos precedentes hacían sin saberlo. La suprema idea de la humanidad ha regido en todo tiempo, y dominado, aun sin saberlo, todas las religiones. Pero ella no había tenido conciencia de sí misma; se *objetivaba* en seres sobrenaturales: se disfrazaba bajo símbolos. ¿Dónde no ha colocado el hombre sus divinidades imaginarias? ¿Cuántas idolatrías errantes y mentirosas apoteosis en esas edades de ignorancia de la humanidad, en que no tenía de sí misma más que un sentimiento oscuro y flotante; que iba de los errores groseros del fetiquismo, reflejo materializado de la voluntad y de la inteligencia humanas, á las ilusiones brillantes del politeísmo griego, localizando en moradas escogidas sus divinidades quiméricas, y de la concepción grandiosa, aunque demasiado abstracta, del Jehová de Moisés, gérmen primero del futuro monoteísmo, á la doctrina del Mediador que da en fin la forma humana á esta grande idea de la divinidad extraviada durante tantos siglos en espacios imaginarios! El infinito ha caído en lo finito, en él quedará. El positivismo descorre los últimos velos, disipa las postreras sombras, y detrás de las sombras disipadas muestra al hombre esa grande existencia que crece siempre, la sola digna de su culto, la humanidad, sér ideal y real á la vez: real, puesto que se desarrolla al través de las edades bajo formas concretas y determinadas; ideal, porque supone para ser concebido cierto esfuerzo de abstracción. La humanidad se ha reconocido al fin; tiene ya conciencia de su realidad y de su unidad en el seno del positivismo; retira con un justo orgullo su divinidad ilusoria á los antiguos objetos de su culto, á Júpiter como á Brahma, á Jehová como á Jesucristo, vanos fantasmas que había decorado con sus atributos, vagos reflejos de la humanidad, tipos grandiosos y quiméricos que no eran poderosos sino por sus terrores, y no triunfaban más que por su debilidad. Lo finito ha destruido lo infinito, ante el cual ha temblado durante tanto tiempo, y que no era otra cosa que su sombra aumentada en las nubes.

Hémos aquí llegados á la grande época tanto tiempo presentida al través de las agitaciones y los sueños dolorosos del género humano. Así, al fin del volumen en que M. Comte nos expone su filosofía de la historia, exclama con una solemnidad digna de la gran causa que sostiene, que la evolución preparatoria del Gran Sér ha terminado; que su iniciación ahora está consumada, y que la humanidad surge en fin, fundando en la paz y la verdad el irrevocable advenimiento de la religión universal.

Fáltanos examinar un poco más de cerca cuál es esa *Gran Diosa*, como la llama M. Comte. Porque, en fin, es muy vago ese término: la *humanidad*. ¿A quién dirigir mis homenajes? ¿A dónde llevar mi culto? ¿En dónde reside esa divinidad impalpable? Si la humanidad es, en sus variadas fases, la evolución misma del Gran Sér; si este Gran Sér se engendra eternamente en la conciencia vaga y abstracta de las generaciones; yo pregunto á M. Comte á dónde debo ir á buscar esta realidad ideal de que mi pensamiento,

de que mi corazón tiene necesidad. Cuando se me habla de adorar á esta divinidad, yo me pregunto lo que es ella. ¿Es la humanidad desvanecida del pasado? Pero ya sabemos que M. Comte no admite la inmortalidad en el verdadero sentido de la palabra: la persistencia real del alma después de la muerte. ¿Es la humanidad puramente posible del porvenir? Pero, por definición, aun no existe. Si las generaciones pasadas y las generaciones futuras son dioses imposibles, ¿irémos á buscar al Gran Sér en las generaciones actuales? Pero, ¿quién de nosotros no está pronto á protestar desde el fondo de su conciencia contra esta imputación irrisoria de divinidad? Si Molière ha podido hacer un *Médico* á pesar suyo, ¿M. Comte hará de nosotros dioses á pesar nuestro? Hay en todo esto muchas oscuridades que nos parecen impenetrables, y dificultades que creíamos de buena gana insolubles. Veamos cómo M. Comte resuelve el problema, y de qué se compone, en definitiva, este Gran Sér tan solemnemente anunciado.

El positivismo, que tiene por principio fundamental el apartar las hipótesis; sustituir el estudio de las leyes á la investigación de las causas; en una palabra, indagar el cómo de las cosas, dejando el por qué á los soñadores; el positivismo se inquieta poco de los orígenes y de la razón primera del mundo. Él lo toma tal cual es, sin tener cuidado de lo que ha sido, tampoco de la manera con que ha sido fundado. Ve sobre el planeta que habitamos, una raza preponderante que triunfa diariamente de las resistencias de la naturaleza, y que pliega á su yugo la animalidad domada. Hay aquí los signos de una incontestable soberanía. M. Comte observa al mismo tiempo que esta raza superior tiene el privilegio maravilloso de ligar por la memoria el pasado al presente, y por la inducción el presente al porvenir. ¡Esto es bastante para constituir un Gran Sér colectivo, una vasta y grande realidad. La unidad del género humano se cumple sin esfuerzo en nuestro pensamiento. ¿No sentimos esta trama sagrada de la solidaridad universal, que nos liga tanto á nuestros antepasados como á nuestros descendientes? ¿No sentimos en nosotros el peso del pasado que nos arrastra á las vías preparadas por los sufrimientos y trabajos de nuestros padres, como sentimos en nosotros la responsabilidad del porvenir, al cual debemos el crecido patrimonio de la civilización? Se ha trabajado por nosotros, nosotros trabajamos para otros; ¿pero esos otros no son nosotros mismos, como hemos sido nuestros abuelos? Este hecho, la herencia de las generaciones, muestra de una manera muy clara la realidad y unidad del único Gran Sér que conocemos; el género humano. En ella está la idea muy general de esta nueva teodicea. Hemos tratado de expresarla de la manera más sencilla y más breve, para ayudar al lector á comprender los raros detalles en los cuales vamos á entrar.

(Concluirá.)